

NACIONES UNIDAS

CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



LIMITADO
UNESCO/ED/CEDES/5
ST/ECLA/Conf.10/L.5
PAU/SEC/5
2 de noviembre de 1961
ORIGINAL: ESPAÑOL

CONFERENCIA SOBRE EDUCACION Y DESARROLLO
ECONOMICO Y SOCIAL EN AMERICA LATINA

Patrocinada por la Organización de las Naciones
Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura,
la Comisión Económica para América Latina y la
Organización de los Estados Americanos

Santiago de Chile, 5 a 19 de marzo de 1962

EL ANALFABETISMO EN AMERICA LATINA

por

Julio Castro

INDICE

| | <u>Página</u> |
|--|---------------|
| I. <u>Analfabetismo y subdesarrollo</u> | 1 |
| II. <u>Analfabetismo en el Uruguay</u> | 3 |
| III. <u>Las campañas de alfabetización</u> | 7 |
| 1. Las resistencias..... | 7 |
| 2. Fines de la alfabetización | 11 |
| 3. El reclamo del presente | 12 |
| 4. La conquista del analfabeto | 14 |
| IV. <u>Plan sintético para una campaña de alfabetización</u> | 18 |
| 1. Las etapas iniciales; investigación y propaganda | 18 |
| 2. El centro de alfabetización | 19 |
| 3. Textos y métodos | 22 |
| 4. El programa | 24 |
| 5. El alfabetizador | 24 |
| 6. Los recursos | 26 |
| 7. Conclusión | 28 |



I. ANALFABETISMO Y SUBDESARROLLO

El analfabetismo no es un hecho autonómico. Es una de las consecuencias del subdesarrollo y está en relación directa con la profundidad de éste. En un país dado será más alto el índice de analfabetismo en la medida en que el atraso general sea mayor. Si se le considera reducido a una región o localidad, su extensión mantendrá una relación inversa con el progreso de ésta.

Las grandes áreas donde domina el analfabetismo, pueden delimitarse geográficamente en razón de esta constante que mantiene con el desarrollo. Los países o grupos de países productores de materias primas, sujetos al monocultivo, no industrializados o débilmente industrializados, con bajos niveles de consumo y subsidiarios económicamente de los grandes centros de economía evolucionada, acusan altos niveles de analfabetismo. Lo contrario ocurre con las naciones o grupos de naciones con gran poderío industrial, económico y financiero.

Dicha relación da una pauta para determinar la etiología del fenómeno. Aislar el analfabetismo del subdesarrollo y considerarlo como problema específicamente cultural es distorsionar su naturaleza y desvirtuar su correcta interpretación.

La determinación de este hecho se proyecta en consecuencias inmediatas. La estabilización, la lentitud o la detención en el desarrollo (tal como se presenta en los países coloniales, o dominados por oligarquías económicas que paralizan o frenan sus posibles progresos), detiene o neutraliza la actividad alfabetizadora. Esta - si existe - se realiza parcial, aislada y esporádicamente. No constituye un esfuerzo continuado, ni alienta el impulso colectivo de la nación. Se cumple por las vías de planes educacionales raquíticos, comúnmente formales y engañosos y apenas supera las primarias exigencias de la asistencia docente - deficiente e incompleta - a los escolares y a algún limitado sector de adultos. Los índices que exhiben los países latinoamericanos - 70 millones de analfabetos; 20 millones de niños sin escuelas - son prueba incontrovertible.

/En cambio,

En cambio, la aceleración del desarrollo supone como consecuencia el progreso de la alfabetización. Esta, además, resulta fortalecida si aquél se orienta en el sentido de satisfacer primarias necesidades de tipo popular. Los países que han impulsado planes de reforma agraria, aprovechamiento de recursos naturales, elevación del bienestar colectivo, mejoras de vivienda, salud, sanidad, etc., necesariamente realizan a la vez intensos esfuerzos para reducir el analfabetismo.

Es evidente que la mayor intervención de los sectores populares en el manejo de la cosa pública impulsa el progreso de la enseñanza elemental. No se concibe en la época presente un programa de bienestar colectivo que no incluya como capítulo fundamental la extensión y difusión de aquélla. El goce de los bienes materiales a que legítimamente aspira un pueblo no puede separarse ya - por imperativo del tiempo presente - de un mínimo de exigencias en el orden de la cultura; entre ellas, primera y principal, la alfabetización. Es por ello que los movimientos políticos, que en los últimos años han elevado al plano de dirección a sectores representativos del pueblo, muestran como rasgo común, enérgicos impulsos, programáticos o en acción, tendientes a incorporar a la cultura a extensos sectores que hasta el presente se mantuvieron al margen de ella.

En resumen, el analfabetismo, que como hecho es la resultante cultural de un complejo de condiciones sociales, geográficas, económicas, políticas, etc., está en relación directa con el grado de subdesarrollo. La lucha por su reducción resulta frenada en la medida en que esas condiciones frenan el progreso colectivo; pero es impulsada, en todo caso en que los auténticos sectores populares tomen responsabilidad directa en la conducción de la cosa pública.

II. EL ANALFABETISMO EN EL URUGUAY

No es fácil delimitar correctamente el fenómeno del analfabetismo en el Uruguay, debido a la falta de censos y datos sobre distribución geográfica de la población y precisión de edades. Sin embargo, conforme a operaciones censales de muestreo, efectuadas por una Comisión de Alfabetización del País en 1956 y a base de diversos estudios, el autor estima que alrededor del 8 por ciento de la población de 15 años de edad y mayores, incluso 5 por ciento de la población urbana y 15 por ciento de la rural, es analfabeta.

Entre los analfabetos del campo, algunos han concurrido a la escuela y otros no. Entre los primeros hay quienes aprendieron a leer y escribir defectuosa e insuficientemente y retornaron al analfabetismo. La inasistencia de los segundos se debió a la falta de escuelas, a la distancia que separa a éstas del hogar, a la desidia o resistencia de los padres o a la necesidad de trabajo prematuro.

El analfabetismo, como es lógico, es más agudo en el campo que en las ciudades; es mayor entre los pobres que entre los ricos; acusa índices más elevados en el sector primario que en el secundario y terciario. Estas simples comprobaciones demuestran que las causas fundamentales que lo determinan están estrechamente vinculadas a los medios de vida, a las formas de ocupación, al nivel económico de las personas. En el Uruguay, país de economía predominantemente pastoril y de población rural diseminada, las causas del analfabetismo derivan en lo fundamental de estas características de su estructura.

La población escolar rural en 1959 dió una proporción de casi diez escolares por cada cien habitantes. Para el resto de la población (urbana) la inscripción escolar alcanza el 12 por ciento.^{1/} El absentismo no es, comparativamente muy alto para la escuela rural. En cambio, la deserción plantea un grave problema. El 90 por ciento de los niños no cumplen el ciclo escolar completo.

^{1/} La cifra tomada por el Boletín del Proyecto Principal (enero-marzo de 1960) es menor; comprende sólo a los alumnos de las escuelas públicas y corresponde a 1957.

Interesa señalar que en los últimos años se ha realizado una investigación sobre el terreno, aunque de modestos alcances, con el fin de determinar el nivel de alfabetización de los adultos de una región ganadera, ex alumnos de la escuela rural, y comparar su situación actual con sus antecedentes escolares.

Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

- el 18 por ciento leen y escriben sin dificultades;
- el 38 por ciento apenas leen y escriben (dificilmente superarían las exigencias establecidas por la Unesco para calificar a un alfabeto);
- el 44 por ciento ni leen ni escriben, no obstante haber cumplido, como promedio, 5 1/2 cursos escolares en su niñez.^{2/}

De esas cifras y otras disponibles se infiere que la escuela rural en el Uruguay no asegura todavía a los niños una educación primaria que alcance niveles satisfactorios ni la alfabetización definitiva.

En el Uruguay la continuidad del proceso político ha permitido progresos positivos, aunque lentos, en el campo educativo como lo demuestran el incremento de los gastos, el aumento y mejora de las agencias del Estado, el creciente número de personal, la corrección de normas de trabajo. Sin embargo, ese progreso no alcanza a superar las exigencias que impone el aumento de población y el reclamo cada vez mayor de más altos niveles para la cultura popular.

Hace cincuenta años, por ejemplo, la relación entre la población total del país y la inscripción oficial (escuelas oficiales) era del 7.1 por ciento; en 1959 era del 9.33 por ciento. La falta de datos al respecto no permite determinar para una y otra época los índices de analfabetismo ni la evolución que han experimentado los gastos del Estado en materia de educación.

En los últimos treinta años, el Gobierno ha intervenido en dos oportunidades con miras a combatir el analfabetismo. En 1936 entendiendo "que el problema excede de la acción escolar propiamente dicha y requiere actividades complementarias con auxilio de todas las fuerzas sociales e instituciones públicas y privadas en una gestión nacional permanente, tal como la asociación nacional contra las plagas (alcoholismo, tuberculosis, pauperismo, etc.)

^{2/} Rancharío de "La Rosada", departamento de Tacuarembó (Uruguay).

siguiendo el ejemplo de países de excelentes servicios de enseñanza pública que, no obstante recaban la colaboración insustituible de la sociedad en general", el Ejecutivo designó una Comisión Nacional contra el Analfabetismo para que sirviese como "centro permanente de lucha concordante con la escuela pública y privada y destinado a difundir su acción y a prestigiarla y complementarla por todos los medios posibles". Pero ni el Gobierno ni la Comisión realizaron gran cosa. El primero, después de tal declaración, no votó los recursos necesarios y la Comisión se limitó a poco más que a exponer sus conclusiones dos años después.

Dieciocho años después, otro gobierno tras declaraciones también alentadoras en el sentido de que "ha constituido una preocupación constante de este Gobierno realizar una campaña en favor de la alfabetización total de todo el país", creó en 1954 una Comisión pro Alfabetización del País, a la que se asignó una partida anual para gastos. Esta Comisión continúa actualmente en funciones y si bien ha impulsado la creación de algunos pequeños centros de alfabetización de vida precaria y gestión ineficaz, no deben haber pasado de doscientos los analfabetos que aprendieron a leer y escribir en el país bajo la tutela de dicha Comisión.^{3/}

En cambio, el Uruguay tiene alguna experiencia en lo que a educación de adultos se refiere. Ya en 1907 se fundaron cinco cursos oficiales con ese fin, que al año siguiente alcanzaron a 35, con una inscripción de casi diez mil alumnos. Actualmente funcionan 84 cursos de ese tipo, 34 en Montevideo y el resto en el interior. Los de Montevideo tienen 5 844 alumnos de los que sólo 563 son analfabetos.^{4/}

Cabe señalar que el número de analfabetos asistidos por las escuelas que les están expresamente destinadas alcanza sólo al 10.4 por ciento de los alumnos. Se llega pues a la lamentable conclusión de que los servicios de alfabetización de carácter permanente que funcionan en el país asisten anualmente al 0.35 por ciento de los analfabetos que, según esas mismas estimaciones oficiales, existen en la población nacional.

^{3/} La Comisión no ha publicado datos sobre resultados.

^{4/} Roque Faraone. Reportaje al Director de E. Primaria. "Marcha", noviembre de 1960.

Conclusión.

El Uruguay, uno de los países latinoamericanos donde el analfabetismo es más reducido, puede servir de ejemplo para situar el problema general. El número de analfabetos, sobre el cual no existen estimaciones precisas, se reduce muy lentamente o se mantiene invariable. Aumenta con la desertión y el absentismo; disminuye mediante la extensión y eficacia progresivas de la escuela, equilibrándose al parecer esas dos tendencias. Los servicios especiales de educación de adultos, así como las campañas realizadas, han sido nulos.

De lo que antecede se infiere que la política educativa seguida no permitirá cambios radicales en la situación. El analfabetismo se reducirá con el tiempo a medida que los escolares - cada vez más atendidos - se hagan hombres. Pero los bienes de la alfabetización no llegarán a los analfabetos mayores de 15 años.

III. LAS CAMPAÑAS DE ALFABETIZACION

1. Las resistencias. En la lucha contra el analfabetismo se combinan comúnmente dos formas: la acción constante, de tipo permanente que se realiza a través de los organismos estables de educación y la circunstancial, intensiva, que se impulsa a través de campañas de alfabetización.

La primera se lleva a cabo por intermedio de los servicios escolares; la segunda, generalmente, por institutos de emergencia que responden a planes o programas de acción circunscritos a períodos determinados.

En América, cada gobierno progresista, o que pretendió serlo, que ocupó el poder, realizó, o proclamó por lo menos, su campaña de alfabetización. Contamos pues a esta altura de los tiempos, con larga y variada experiencia. Pero también, y a es un anticipo de los resultados, con altos índices de analfabetismo.^{5/}

La campaña de alfabetización mexicana constituye por su organización y los resultados obtenidos un ejemplo interesante y digno de estudio. Cuando México emprendió en 1944 su campaña nacional de alfabetización, los gobiernos surgidos de la revolución habían iniciado una política agraria tendiente a mejorar las condiciones de vida en las zonas rurales del país y comprendían la importancia, para la eficacia de dichos planes, de mejorar el nivel cultural del pueblo; dicha campaña surgió, pues, de la necesidad de incorporar de lleno a la vida nacional a grandes núcleos de analfabetos.

En la campaña de alfabetización mexicana, la ley exigía la intervención de todos los sectores de la población desde el Presidente de la República hasta los simples ciudadanos a los cuales la ley asignó la misión de enseñar por lo menos a un analfabeto.

A fin de interesar a todo el país en la campaña se realizó una intensa propaganda, por diversos medios, en la que participaron maestros, estudiantes, universidades, instituciones cívicas, etc.

5/ Conocemos algunas de esas campañas directamente: por supuesto, las intentadas en el Uruguay; también la que se realizó en México bajo el primer Ministerio Torres Bodet; la de Guatemala en el gobierno de Arévalo; la de Bolivia que tuvo como inspirador a Elizardo Pérez, y que dio lugar a la creación del sistema de núcleos escolares; la del Crefal - en la que intervinimos directamente - campaña "piloto" localizada en las comunidades indígenas que rodean el lago de Pátzcuaro (México).

Una vez realizado el censo nacional, que arrojó un total de 6 671 526 analfabetos se inició la primera etapa de la campaña que debía durar dos años, desde 1944 a 1946. Dicha etapa comprendía tres períodos: uno de organización (seis meses); otro de enseñanza, que duró un año y otro de revisión y exposición, de tres meses. En la primera etapa de la campaña, según estimaciones oficiales, se alfabetizaron 1 440 794 personas. En la segunda etapa, que comenzó en 1946 y que duró hasta 1950, no fue muy diferente el número de alfabetizados por varias causas, entre otras agotamiento de los recursos económicos de material, etc.

La campaña mexicana tropezó con muchas dificultades antes y durante el curso de la misma: apatía de los gobiernos locales, un notable retraimiento de la aportación privada, la premura con que hubo que preparar a personas ajenas al magisterio y la falta de experiencia de éstas.

A pesar de esas dificultades, puede decirse que la campaña logró resultados positivos ya que se alfabetizó a una buena proporción de analfabetos y, en no pocos casos, facilitó el mejoramiento de sus niveles de vida. Pero por sobre todo constituye un ejemplo de lo que debe hacerse para incorporar a la vida nacional a amplios sectores marginados a ella.

En general puede decirse que las campañas tienen como origen el impulso generoso de quienes las proclaman y las echan a andar, o el que surge, simplemente, de una impostergable carencia que imperativamente exige corrección. Pero el analfabetismo es un mal de largo, constante e individual tratamiento. No basta la localización y el impulso inicial; hay que luchar contra él en un trabajo silencioso y sin lucimiento, durante años, para alcanzar el éxito. Como se comprende, si es fácil y atrayente la iniciativa, no lo es tanto mantener la continuidad en el esfuerzo por el tiempo que sea necesario.

El ejemplo del Uruguay así lo prueba. La proclama inicial, la reunión de notables, la planeación en grandes directivas de orden general, no encontró dificultades ni resistencias. Pero el entusiasmo así derrochado se agotó en las primeras etapas. Llegar hasta los analfabetos, ofrecerles ayuda, asistirlos directamente por lo menos durante un par de años, ya es distinto. Poco a poco los impulsos se debilitan, a la vez que las dificultades crecen.

En el último plan de alfabetización decretado en el Uruguay, el Ministro de Instrucción Pública proclamó esta solución de meridiana claridad: "Toda persona que sabe leer y escribir debe enseñar a uno que no sabe". Si de cada diez personas una sola hubiese respondido al llamado, estaría resuelto el problema. Sin embargo, a ocho años de aquello, es posible que no haya una sola persona alfabetizada como consecuencia de la patriótica invitación. Posiblemente en otros países la situación no sea diferente.^{6/}

El fracaso frecuente de las campañas de alfabetización se debe a que no toman en cuenta la natural desproporción que existe entre los propósitos y las dificultades concretas que es necesario vencer. No es la magnitud de aquéllas sino la de éstas lo que cuenta. Para el que sabe leer y escribir la distancia que lo separa del que no sabe aparece como fácilmente salvable. En cambio, para el que no sabe, es un obstáculo poco menos que imposible de superar. Y es éste y no aquél, quien debe vencer las resistencias; quien debe someterse a un trabajo metódico y continuado que lo obligará, inclusive, a aceptar profundas alteraciones en su ubicación frente a la vida.

Todo educador que ha trabajado con adultos sabe que en su tarea educativa tendrá que vencer dos tipos de resistencias: las corrientes exteriores, que tienen como motivo la falta de tiempo, el cansancio de la jornada diaria, la timidez, el recato de la propia ignorancia, etc.; y otras, más tenaces, que nacen de la oposición a renunciar a una actitud ya adoptada y consolidada frente a la vida, y que ante la revisión que exige la nueva tarea significará distorsión y ruptura de formas establecidas. Si este tipo de resistencias íntimas se expresa de generación en generación - "mi hijo no va a la escuela porque yo no fui nunca y estoy bien así" - cuánto más fuerte será cuando pone al hombre maduro frente a sí mismo y a su vida ya realizada frente a una nueva hipótesis programática del vivir.

^{6/} Cabe señalar que prácticamente no se han hecho estudios para evaluar los resultados a largo plazo de las campañas de alfabetización en América Latina. En el mejor de los casos, se publican estadísticas del número de personas que han aprendido a leer y a escribir durante la campaña. Terminada ésta nadie se interesa en saber si esas personas han utilizado los conocimientos adquiridos o si éstos serán retenidos.

La campaña de alfabetización debe vencer este tipo de resistencias y crear en el hombre una conciencia íntima de sus carencias, tan arraigada y firme, que sea más fuerte que los obstáculos que se le oponen para vencerlas. Esto no se logra por la vía de la propaganda; ni siquiera por la de la persuasión. Requiere una tarea más lenta e inspirada en transformaciones sustanciales de la vida, que permitan al sujeto descubrir en sí mismo los alcances de sus déficit y las posibilidades de su propia capacidad para corregirlos.

Si las campañas de alfabetización lograran este convencimiento íntimo, esta toma de posición, no fracasarían; porque su fuerza impulsora se habría trasladado al esfuerzo propio de cada uno de los sujetos y no necesitarían éstos, en ese punto, del estímulo externo o del empuje compulsivo. Pero como las campañas generalmente no van más allá de la propaganda o de la demostración objetiva y no alcanzan al meollo de las resistencias íntimas, una vez que su fuerza de imposición se debilita el acatamiento que generan cesa en intensidad y termina en el abandono.^{7/}

No obstante estas consideraciones, hay que reconocer también que una campaña de alfabetización responde - generalmente es el factor que la promueve - a intereses inmediatos de tipo político o social. En ese sentido la promoción de un programa de alfabetización debe contar con el mayor número de adhesiones. La primera etapa consiste, si no son los gobiernos quienes lanzan la iniciativa, en convencerlos y conquistarlos; la segunda en impulsar el apoyo de las fuerzas sociales-económicas, políticas, religiosas inclusive - que integren la trama de las actividades nacionales. Ese impulso de orden colectivo debe movilizar a todo el país. Cuanto más amplia sea la movilización, mejor. Por eso asignamos importancia fundamental a la acción que en ese sentido mantienen los organismos internacionales. Ellos no pueden realizar por sí mismos un

^{7/} Reconocemos que hay un inevitable desacuerdo entre la urgencia que reclama un plan de gobierno y la lentitud de una campaña del tipo de la que aquí se describe. Pero por sobre los intereses inmediatos está el permanente, que obliga a ajustar los correctivos a la naturaleza del fenómeno. Un político tiene necesidad de apresurar los procesos; un educador no.

programa; pero pueden contribuir a que las naciones, con el mayor número de fuerzas concurrentes, se decidan a hacerlo. El Proyecto Principal de Unesco sobre extensión y mejoramiento de la Educación en América Latina y las actividades que en torno a él se realizan, son un buen ejemplo de lo que pueden las organizaciones internacionales para definir e impulsar programas nacionales de política educacional y para combinar las necesarias vías de colaboración interestatal concurrentes al mismo fin.

La toma de conciencia del problema por parte de las clases dirigentes y el establecimiento de las líneas imprescindibles de colaboración para resolverlo, son condiciones previas, diríamos, a toda campaña de carácter nacional.

2. Fines de la alfabetización. La alfabetización es un fin en sí y, por cierto, de muy encumbreada jerarquía, ya que abre al hombre las vías de acceso a los bienes de la cultura que le son vedadas sin el dominio del alfabeto. Pero también es medio para lograr otros fines.

En el último cuarto del siglo anterior se consideró la alfabetización como la base esencial del sistema democrático representativo de gobierno. "Hay que educar al soberano", decía Sarmiento. El precepto tuvo consecuencias tan definitivas que aún hoy en muchos países le está vedado a los analfabetos el derecho al voto y a la representación.

La reforma escolar uruguaya de 1876 se inspiró en ese principio. El acceso a las fuentes escritas convertiría al hombre en un buen ciudadano y a éste en un buen elector. Los buenos gobiernos serían la benéfica consecuencia del dominio colectivo del alfabeto.

La experiencia, hay que reconocerlo, no fue tan concluyente como lo hacían esperar los postulados. Tal vez porque no basta el acceso a las fuentes escritas, contaminadas en su origen por intereses y móviles que no siempre responden al bien común. Pero de cualquier modo, el avance en la lucha contra el analfabetismo de fin y principio de siglo estuvo inspirado en esa convicción.

Más tarde, la evolución de la técnica creó la necesidad del trabajador eficiente. "El dinero que invierte un país a más alto interés, es el que dedica a la educación." El planteamiento es correcto, aunque unilateralmente utilitario. La educación es eficaz, pero es también muchas cosas más.

/Actualmente se

Actualmente se entiende la alfabetización como uno de los elementos que contribuyen a elevar el nivel de la vida integral. El analfabetismo es una carencia en el orden de la cultura, como lo es la enfermedad en el de la salud, o la choza miserable en el de la vivienda, o el arado de palo en el de la explotación de los recursos económicos. A esa carencia hay que atenderla para mejorar al hombre, para darle mayores y más amplias posibilidades de poder, para hacerlo capaz de conquistar y gozar de una vida mejor.

La alfabetización así entendida se convierte, pues, en algo mucho más sustancial que el dominio del alfabeto o la adquisición de una técnica de aplicación. Como fin en sí pierde sentido, para ganarlo, mucho más amplio, en la transformación integral que inspira su programa.

3. El reclamo del presente. En el presente la preocupación en torno a la alfabetización - de la que participan grupos y colectividades de diversa índole, Estados y organizaciones internacionales - por su propio carácter de universalidad demuestra que está inspirada por móviles más hondos que el simple mejoramiento cultural. Hay imperativos del presente que reclaman la corrección de las desigualdades entre los hombres y entre los pueblos. La convivencia entre éstos exige cierta armonía internacional y para que ésta sea posible deben reducirse los desniveles diferenciales.

Esa conquista de un mundo mejor en que estén empeñados los pueblos, gobiernos y organizaciones que comprenden el presente y tienen visión del futuro, no puede limitarse al dominio del alfabeto. Este, por sí solo, poco o nada corrige pero se convierte en un elemento fundamental, cuando entra a servir de instrumento para una mejor comprensión e interacción entre los hombres.

Por ello, la alfabetización no debe entenderse como una acción circunscrita a su esfera específica, sino como parte de un programa más amplio y general. Saber leer, en determinadas condiciones de vida, puede ser un lujo suntuario e innecesario, porque no es ni la primera, ni la más urgente necesidad del hombre. Pero dentro de una jerarquización de necesidades, - satisfechas las más urgentes, - saber leer se convierte a su hora en una exigencia de carácter impostergable. Es en el momento en

/que el

que el analfabeto siente y comprende el déficit que le crea tal carencia cuando empieza a cimentarse su actitud de redención frente a ella. En ese punto la alfabetización empieza a actuar sobre terreno fecundo. El analfabeto, como el que no sabe un idioma y tiene necesidad de él, debe vencer fuertes resistencias internas hasta tomar conciencia de su déficit y adoptar la actitud de conducta necesaria a su corrección. En esta etapa inicial son importantes los impulsos exteriores (la coacción ideológica impuesta por la propaganda, la incitación o la exigencia) y mucho más aún, la ayuda, fraterna y personal, si se ofrece a través del contacto directo.

La prueba de que la alfabetización necesita para ser fecunda de determinadas condiciones de vida, la dan los propios analfabetos que aprendieron a leer y escribir y retornaron después al analfabetismo. El desuso tiene su origen en las carencias culturales del ambiente. Si no hay qué leer y si nada incita a hacerlo, de poco sirve haber aprendido. Pero esas carencias no se presentan solas. El déficit cultural que obliga a retornar al analfabetismo, es también, en otros órdenes del vivir, déficit de higiene, de casa, de alimentación. En el mundo de las carencias y del atraso existe también una armonía, retardataria y miserable, pero armonía al fin, que determina las condiciones en que debe realizarse la acción para superarla y ofrece los ángulos de ataque más convenientes para la estrategia que conviene seguir.

En la lucha contra el analfabetismo hay generalmente una actitud política de urgencia. Los gobiernos tienen corta vida, y su prestigio se alimenta de sus éxitos. Lograr la alfabetización de 100 mil ciudadanos - firmar y conocer los rudimentos de las primeras letras - es una conquista que puede inscribirse orgullosamente en un recuento de realizaciones. Pero el resultado efectivo sirve más a quienes organizan y realizan la campaña que a los que son objetos de ella. Una lectura penosa y trabajosa con difícil comprensión del texto escrito, una escritura igualmente penosa con difícil transferencia de la idea a la letra, en muy poco cambian las condiciones de vida del alfabetizado. Aunque su mención, o las cifras de su recuento, luzcan bien en un informe o mensaje oficial.

/Este analfabeto

Este analfabeto que ha sido rescatado de la total ignorancia por la alfabetización, pero que ha quedado en los límites del analfabetismo no tiene reservas ni defensas para emanciparse de éste. Si el resto de sus condiciones de vida no ha sufrido alteración, la armonía de los déficit tiende a equilibrarse a expensas de un retroceso en las conquistas logradas. Sólo una asistencia constante, sistemática e inteligente, pueden mantener el cultivo hasta que eche la raíz que le asegure su permanencia.

De todo esto se deduce que una campaña eficaz sólo puede lograrse a través de la realización de un plan a largo plazo o, mejor aún, de carácter permanente. Además la acción no debe incidir sólo sobre la enseñanza de las primeras letras. Debe proyectarse a la corrección de todas las carencias que integran el reducido mundo de los asistidos, empezando por aquellas, que, ajenas aún a la alfabetización, imponen las determinantes fundamentales en las condiciones de vida.

4. La conquista del analfabeto. El analfabetismo es un estado de necesidad. Pero la valoración de ésta corresponde a quienes toman a su cargo la acción de corregirlo. Sin embargo, el analfabeto no es un ente pasivo. Es una persona - adulta, madura muchas veces - con una ubicación en el mundo en que vive.

No siempre los alfabetizadores comprenden esto. Entre enseñar a un niño y enseñar a un hombre hay diferencias sustanciales. El primero está sujeto a una condición de minoridad que lo coloca en la situación de ser dirigido, orientado, conducido. La docencia es, en buena parte, tutela. La irresponsabilidad natural del niño obliga al educador a compensarla con una asistencia en el juicio, la valoración o la conducta.

El hombre, en cambio, a pesar de las limitaciones fruto de su ignorancia, debe ser asistido, pero no tutelado. Tiene su propio juicio y sus actos no carecen de responsabilidad. La deficiencia cultural no debe confundirse con la falta de madurez. Una y otra son de naturaleza distinta; la primera no subordina al sujeto en su relación con los demás; la segunda sí.

/De ahí

De ahí que en una campaña de alfabetización los propósitos deben inspirar por igual a quienes la promueven y a quienes serán objeto de ella. Es necesario crear una comunidad de intereses entre unos y otros, y, en la medida de lo posible, hacer que participen ambos en la planeación y preparación de la tarea.

El significado cultural del analfabetismo - salvo casos excepcionales - no es del dominio de los que lo padecen. El analfabeto no sabe a conciencia qué pierde con no saber leer. Es necesario, pues, transformar la condición pasiva del no saber, en actitud capaz de intentar la superación y la conquista.

Para lograr este cambio es fundamental que el analfabeto participe en todo el proceso preparatorio de la alfabetización. Su colaboración activa en los actos previos a la campaña irá remodelando su actitud. Se convierte así, desde el principio, en actor y siente la tarea en que interviene como cosa propia. Alguna experiencia vivida nos ha enseñado que la preparación de una campaña, si se sabe aprovechar, puede generar por sí sola el cambio de actitud del analfabeto frente a su propio déficit.

Como la campaña, además, actúa en forma colectiva sobre el grupo, es fundamental descubrir dentro de éste las personas clave que puedan facilitarla e impulsarla. En toda colectividad hay líderes influyentes. Individualizarlos, ganarlos a la causa, convertirlos en militantes de los fines que se persiguen, es tarea de fundamental importancia.

Pasar de la toma de conciencia a la toma de actitud es crear en el analfabeto la rebelión contra su propia ignorancia. Al alfabetizador, lograda esa transformación, no le queda más que mantener y canalizar el afán de superación así generado. Si el alumno, en cambio, no participa de los propósitos que animan al alfabetizador, opondrá resistencias: o rechazo ostensible, u oposición, inconfesa pero tenaz, que malograrán todo esfuerzo. Hay que recordar que una condición de minusvalía frente a los demás, se resuelve comúnmente en actitudes de resentimiento. Como se comprende hay que evitar este tipo de reacción a cualquier costo.

Aprender a leer y escribir es un trabajo lento y penoso, de resultados a largo plazo. Exige, por consiguiente, continuidad y tenacidad; tanto al alfabetizador como a los alfabetizados.

Las gentes cultas atribuyen a la alfabetización determinados valores que hacen de ella una necesidad imprescindible. Es común, además, que supongan en los no cultos idéntica o parecida valoración. Creen que ante la evidencia de la necesidad, todos, letrados o ignorantes, participan por igual de la urgencia para satisfacerla.

Desgraciadamente no ocurre así. Entre los que no saben leer y escribir es frecuente que exista el deseo de superar su condición de analfabetos; pero ese deseo se manifiesta como una vaga aspiración hacia una conquista poco menos que imposible. Los obstáculos se le aparecen como infranqueables. Para él tiene mucha mayor significación la sucesión de pequeños inconvenientes que traban su esfuerzo, que la finalidad, no siempre muy clara, que éste persigue.

Además, el hombre que vive en el limitado mundo de las realidades inmediatas - el campesino, el obrero, la mujer atada a los quehaceres de su casa - no articula la natural relación que existe entre el hecho concreto y su expresión conceptual. Su razón se nutre mucho más de hechos que de conceptos. Estos sólo valen en su significado general en cuanto expresan una experiencia vivida o una creencia aceptada. El hombre que no ha acostumbrado su raciocinio, por modesto que éste sea, al manejo de las ideas, se mueve dentro de un mecanismo intelectual distinto del que rige para el hombre culto. Para éste, por ejemplo, la idea impresa en el texto escrito es fácilmente transferida al ámbito de la razón. Inversamente, también sin dificultad, es capaz de concretar ésta en expresión escrita. Es la transvasación usual que se hace a través de la lectura y la escritura y que es del dominio corriente en quienes usan de éstas.

Pero este proceso, tan elemental y simple, no se cumple en el analfabeto. Entre éste y el texto escrito hay una desvinculación que no es sólo desconocimiento. El que no sabe leer no sólo ignora el

/texto sino

texto sino que además resiste a su contacto. Acostumbrado a fijar su juicio en torno a hechos niega su esfuerzo a la elaboración conceptual que no tiene otra representación que un texto ininteligible. Por eso es tan importante ajustar la enseñanza a los procesos intelectuales de los educandos; por eso también es tan importante que el material escrito que se use para la alfabetización, tenga en cuenta y respete la concepción del mundo que tiene el alumno y los procesos elementales según los cuales se desenvuelve su pensamiento.

Buena parte del éxito de la alfabetización radica en el acierto y sagacidad con que se prepare el material de enseñanza, especialmente los textos escritos. El hombre a quien están destinados ni tiene la concepción del mundo, ni comercia con su razón, del mismo modo que los que manejamos el lenguaje escrito. Al vincularlo a éste y facilitarle su comprensión se le incorpora a un mundo nuevo que lo obligará a insospechables y esenciales transformaciones. Es necesario pues mantenerle la continuidad de su concepción del mundo y de su idea de las cosas por lo menos en el grado primario de su alfabetización, para evitarle distorsiones o dislocaciones consigo mismo que puedan provocar rechazos sobre los cuales después le será muy difícil reaccionar.

El contacto del hombre con el texto escrito debe lograrse por la vía natural, de modo que aquél encuentre en éste versiones sobre hechos y realidades que son de su dominio habitual. El texto se hará así accesible y confiable. Los temas, el lenguaje, los procesos intelectuales que lo inspiren, el vocabulario, participarán del mismo propósito. Si, al descifrar el texto, el aprendiz encuentra su propio mundo, sus comunes formas de razón o de entendimiento, se hallará identificado con este nuevo elemento que cae bajo su dominio. El mundo de sus realidades se articulará naturalmente con este nuevo mundo conceptual en el que se introducirá a través de la palabra escrita.

IV. PLAN SINTETICO PARA UNA CAMPAÑA DE ALFABETIZACION

1. Las etapas iniciales: investigación y propaganda. Primero el diagnóstico; después el tratamiento. Hay que conocer el área donde será aplicado el proyecto. En una forma práctica pueden realizarse encuestas, pequeñas investigaciones censales, muestreo de tipo socioeconómico, etc., para poder apreciar algunos elementos de interés:

Extensión y profundidad del analfabetismo.

Lo que ha hecho y lo que puede hacer la escuela.

Patrones culturales dominantes en la región.

Formas de vida: vivienda, salud, costumbres, organización de la comunidad.

Condiciones generales del trabajo y la producción, etc.

Como tarea preparatoria de la alfabetización, un pequeño equipo con experiencia en investigación social, debe recabar los datos fundamentales sobre el área que abarca el programa.

No es necesaria una información completa ni exhaustiva. Basta con que aporte los elementos más importantes para definir y configurar las condiciones de vida de la zona. Si se desea continuar la investigación, ésta es una que posteriormente pueden realizar los propios alfabetizadores.

En esta etapa es importante conocer los alcances de la acción escolar; si es posible estudiando sus resultados a través del estado cultural de los adultos.

La alfabetización no es una tarea de investigación, sino de asistencia. Por consiguiente, aquélla debe ser limitada sólo a los datos más necesarios. El área puede comprender desde todo un país a un pequeño distrito: dependerá su extensión de los alcances del proyecto.^{8/}

8/ Un plan teórico de alfabetización sólo puede esbozarse en líneas muy generales. Para que tenga sentido debe ser referida a un área concreta. El tiempo y el lugar a que se le destine darán las condiciones de su extensión y desarrollo, como también de los medios que puedan contribuir a su realización. Aquí sólo expondremos líneas muy generales sobre aspectos comunes a cualquier campaña de alfabetización. Esas directivas generales deberán ser desarrolladas en cada uno de sus puntos, para ser aplicadas a casos concretos. La investigación inicial siempre necesaria, así como las condiciones político-sociales que determinen la iniciativa y los medios con que se cuente para su realización, serán los elementos fundamentales sobre los que deba planearse la campaña; serán asimismo los que determinarán sus alcances.

Simultáneamente o en una etapa subsiguiente, se iniciará la propaganda que es parte de la alfabetización. Tienen por objeto elevar al primer plano de la preocupación colectiva el interés por ella y promover una verdadera movilización general contra el analfabetismo. Si el área se reduce a un distrito, la movilización pondrá en actividad todos los recursos del grupo que puedan contribuir al éxito de la campaña; si a un país, las proyecciones del programa pueden ampliarse en una extensión insospechada, comprometiendo la ayuda de infinidad de organizaciones públicas y privadas.

Tomada la campaña en la dimensión reducida de la acción distrital, deberá organizarse la propaganda sobre la base de la colaboración y de la movilización de los hombres y mujeres de la comunidad. Estos deben intervenir en las deliberaciones preparatorias, en los actos de propaganda, en el arreglo del local, en la organización de los grupos, en el mantenimiento de la asistencia y la disciplina, en la organización de las actividades y tareas que contribuyan al mejoramiento de las condiciones de vida de la zona.

Si los propios analfabetos intervienen activamente en la promoción de la campaña, el éxito de ésta está prácticamente asegurado. Asimismo la favorecerá toda acción colectiva con vistas al bien común que aunque no sea específicamente alfabetización, contribuya a prestigiarla y a extenderla.

2. El centro de alfabetización. Actualmente en todo barrio o localidad donde exista una escuela para niños, pueden extenderse los servicios de ésta en beneficio de los adultos. Mediante una compensación adicional, el maestro podrá realizar una tarea también adicional. Como el horario escolar para los adultos necesariamente debe fijarse fuera de la jornada de trabajo, ya que la alfabetización no puede entorpecer ni interrumpir el empleo, tanto el local como el maestro pueden servir a ésta sin interferencia con las tareas escolares ordinarias. En las zonas rurales es ésta la única solución. En los pueblos y ciudades también puede serlo, aunque los centros urbanos permiten mejores y más variados tipos de organización.

La clase vespertina, nocturna, o dominical para analfabetos no escolares, organizada como servicio adicional a la escuela, facilita la obtención
/del maestro

del maestro y el local. Frecuentemente se exige al primero esta tarea sin otra compensación que la anotación en la foja o el patriótico reconocimiento. Como es natural, ni una ni otro alcanzan y a la par de ellos se agota la buena disposición inicial, con el resultado de que al menor indicio de desinterés del maestro los alumnos se desbandan.

Un servicio de alfabetización, para que realice una tarea eficaz, debe organizarse sobre bases serias. El alfabetizador no requiere, a nuestro entender, mayor capacidad docente que la que corresponde a un maestro común. Tal vez convenga favorecer su tarea mediante algunos elementos que lo orienten en la acción social que necesariamente exige un trabajo de ese tipo. Como asimismo proveerlo de material para el aprendizaje de la lectura y especialmente de lectura para los adultos. La escuela, en este tipo de funciones, debe convertirse en un pequeño centro de reunión. Los alumnos deben sentirse atraídos por otras cosas, además que por su deseo de aprender. Una de las dificultades más serias que deben vencer los centros de alfabetización es lograr la asiduidad en la asistencia. Los alumnos ofrecen natural resistencia a ocupar parte de sus horas libres en un trabajo penoso y excluyente como es este aprendizaje. Para contrarrestar su renuencia, es necesario crear formas atractivas de bienestar: los agrupamientos de jóvenes, las actividades de recreación, los deportes, los juegos de salón, etc., no sólo mejoran y enriquecen los vínculos sociales, sino que además contribuyen a facilitar la organización de los grupos.

En las ciudades existen centros de reunión que, bien aprovechados, pueden facilitar la tarea. Los gremios, las asociaciones culturales y deportivas, etc., dan lugar a la formación de grupos que cotidianamente se reúnen. Un buen servicio de alfabetización puede aprovechar esta circunstancia. Los jóvenes que se resisten a asistir a la escuela como actividad específica, - con frecuencia especial disciplina formal ajuste a un horario, exigencias de organización, etc., - no encuentran obstáculo para concurrir a las actividades de un curso de alfabetización que funcione dentro de su sindicato o de su asociación. El curso puede además contribuir a su mejor preparación gremial, deportiva, etc., agregando a la alfabetización diversas actividades complementarias que satisfagan los intereses especiales de los miembros del grupo. Una combinación inteligente entre el organismo público y la acción privada, permitiría aprovechar el espontáneo agrupamiento de este tipo de entidades para realizar con ellas una tarea cultural efectiva.

/Es posible,

Es posible, además, lograr los mismos fines por otras vías. La legislación laboral puede facilitar la tarea de alfabetización; lo mismo los servicios sociales a cargo del Estado si a la vez que otorgan beneficios, exigen cierto nivel de conocimientos básicos o, por lo menos, la certificación de que se está en proceso de adquirirlos.

Para todo esto, como se comprende, se necesita el aliento de un Estado de espíritu colectivo que mantenga propósitos y esfuerzos. De lo contrario el entusiasmo decae, el personal se burocratiza y la corrosión mina la tarea. Son muchas las campañas de alfabetización que han terminado en el abandono, por un proceso gradual y progresivo de degeneración.

Si la alfabetización va unida a conquistas en otros órdenes, sus posibilidades de éxito son infinitamente mejores. Si simultáneamente el grupo evoluciona hacia una reforma agraria o una organización colectivista, o un tipo de asociación cooperativa, o a la conquista de una organización sindical amplia y eficiente, o a una agrupación para la defensa de intereses o necesidades comunes, el ámbito de las perspectivas se amplía y los intereses mantienen la tensión. En tal caso la alfabetización se convierte en una necesidad de la que inmediatamente toman conciencia los miembros del grupo. Su éxito, en esas condiciones no constituye problema alguno.

La escuela primaria, la casa ejidal, el local del municipio, un centro social recreativo, un club, pueden servir de asiento al centro de alfabetización. En las comunidades y caseríos es frecuente que no haya energía eléctrica. La escasez de luz dificulta la creación de centros de reunión nocturna. La buena iluminación es fundamental. Actualmente la cuestión se resuelve fácilmente mediante el uso de lámparas de gasolina o querosene "a mantilla" o de generadores de luz que accionan con la fuerza del viento.

No sólo la enseñanza exige buena luz. Aprovechando ésta, además, se pueden realizar diversas actividades instructivas y recreativas que conviertan al agrupamiento de personas en un verdadero centro social. Los campesinos, (como ciertos insectos nocturnos,) se sienten atraídos por la iluminación. Esa atracción debe aprovecharse con fines educativos.

Otro buen motivo de atracción es la música: la que se escucha, como la que se aprende a ejecutar. En algunos países donde el dominio de algunos instrumentos musicales está muy generalizado, la formación de bandas, o de grupos de cantantes populares, o de cuerpos de bailarines, puede ser, bien aprovechada, motivo fundamental de agrupamiento y de recreación.

El cine, el uso de materiales audiovisuales, etc., contribuyen a crear intereses en torno a las actividades de tipo educativo. Sin embargo, en las experiencias que hemos realizado, los materiales audiovisuales referidos a alfabetización que utilizamos, no compensaron ni el esfuerzo realizado para crearlos ni el costo de los equipos e instalaciones para exhibirlos. Es posible que los educadores asignemos a este tipo de material mayor eficacia que la que realmente posee.^{9/}

3. Textos y métodos. En una campaña de este tipo el material más importante es el de lectura: textos para enseñar a leer y libros para alfabetizados.

La discusión sobre los textos para enseñar a leer lleva implícita la de los métodos. Es lógico que primero haya que decidir sobre éstos antes de considerar las condiciones que deban tener aquéllos.

Pero sobre esta vieja y discutida cuestión no puede tomarse posición definitiva. Hay maestros que se manejan mejor con el método global; hay otros que prefieren el fonético. Para la enseñanza de adultos en los países latino-americanos y para el grado común de preparación de los alfabetizadores, es posible que el método más adecuado sea este último. Cuando hemos tenido necesidad de redactar una cartilla de alfabetización, lo hemos intentado de modo que resulte aplicable tanto para el método fonético como para el global. Lo importante es usar giros y vocablos sencillos, usuales, compuestos por vocales y consonantes de fácil pronunciación y enlace; evitando en lo posible las letras de doble sonido, o que se prestan a confusión; las combinaciones de líquidos y licuantes, etc.

9/ En Pátzcuaro, siendo el autor Subdirector del CREFAL, se organizó bajo su responsabilidad, una campaña de alfabetización en las comunidades indígenas de la zona. Los materiales preparados para la propaganda - exposiciones, diavistas, cine, teatro, títeres, volantes, murales, una biblioteca ambulante, etc. - constituían un equipo bastante completo. Sin embargo, no tenemos seguridad de que su eficacia haya compensado el esfuerzo y los gastos que costó su preparación. Como espectáculo, interesó siempre; pero es posible que no haya contribuido a crear un propósito permanente.

El método global exige un maestro experto e inteligente, del que no siempre se dispone. Además, si desde el punto de vista psicológico está más de acuerdo con el mecanismo de aprehensión infantil, no ocurre lo mismo si es aplicado a mayores. La correspondencia entre globalización y percepción sincrética no se cumple en éstos como en los niños.

Los temas y el vocabulario deben ser familiares, de fácil comprensión, de contenido corriente. El lector debe encontrar en el texto - lo decimos antes - hechos, juicios, expresiones, que no resulten ajenos a su experiencia ni a su lenguaje.

Es deseable que cada maestro redacte su cartilla. Sin embargo, hay que reconocer que en la mayoría de los casos esto no es posible. De ahí que el servicio de alfabetización deba disponer de una o varias cartillas en cantidades que permitan distribuir las con largueza.

Los libros para alfabetizados, los que se pone a su disposición como material de lectura, deben participar del mismo criterio metodológico. Son muy importantes en ellos los temas, el desarrollo de los mismos y el vocabulario usado. Estos libros deben cooperar en la tarea asistencial que se realiza. El ex analfabeto debe encontrar en ellos elementos útiles para su vida y su trabajo, que llenen una necesidad de información, que evacúen consultas, que aclaren dudas. Por algo los calendarios e almanaques, con las informaciones sobre las actividades de los períodos estacionales, son de uso tan frecuente en el ambiente popular campesino.

También es importante la renovación del material. Una buena revista editada expresamente para alfabetizados, puede ser un aporte invalorable en una campaña de alfabetización. Más modesta, pero igualmente eficaz, es la edición de pequeñas cartillas o de hojas sueltas, de fácil lectura sobre temas de interés directo.

Se comprende que un ciclo de enseñanza de primeras letras deba comprender también nociones de aritmética. El conocimiento de los números, de las operaciones básicas, etc., es tan importante como el de la lectura.

En este aspecto hay que reconocer que los adultos tienen sus modos propios de utilizar los números y de hacer, inclusive, operaciones y combinaciones con ellos. La mejor enseñanza consiste en informarse sobre esos modos, utilizarlos en la medida en que lo sean, racionalizar sus procesos, e instruir a quienes los usan en las formas sustitutivas, más simples y racionales, que aconseja la matemática elemental.

4. El programa debe comprender además algunos conocimientos de orden general, especialmente de geografía, historia, y de las actividades que son comunes a la vida del grupo. En alguna ocasión, frente a la diversidad de temas posibles - y ajustados a obligadas limitaciones de tiempo - optamos por resolver la cuestión proponiendo a los propios alumnos que eligiesen los asuntos sobre los cuales les interesara una mejor información. Nos sirvió para comprobar la variedad de cuestiones cuyo conocimiento preocupa a los adultos y la sencillez y claridad con que las expresan. Desde la redondez de la tierra y las fases de la luna, hasta las leyes laborales que los protegen, son todos temas que concitan su interés. El analfabeto o semi analfabeto actual tiene una concepción del mundo fragmentaria y desarticulada, en la que se combinan datos sorprendentes de las últimas conquistas logradas por el hombre, con ignorancias profundas sobre elementos del conocimiento vulgar que parecerían ser del dominio universal. En tal situación resulta imposible intentar la satisfacción de sus deficiencias más notorias con el propósito de nivelar sus déficit más notables. Porque éstos participan igualmente de la anarquía y del desorden intelectual de cada uno.

Es posible que sea acertado organizar el programa sobre la base de un sector de exigencias concretas: lectura, escritura, cálculo, elementos de ortografía y de redacción, etc., agregando otro sector optativo u ocasional como información sobre los asuntos que más interesen al grupo. Es posible, además, que una determinación previa de los mismos permita cierta organización para su posterior ordenación y desarrollo.

El programa debe también incluir información sobre las tareas que se realicen con relación al desarrollo y mejoramiento de la comunidad. Pero este sector de las actividades debe estar condicionado a los objetivos y extensión del programa que se quiere realizar. Si se trata de alfabetizar, simplemente, será muy restringido; pero si se pretende promover la transformación integral de la comunidad, sus posibilidades resultarán insospechadas.

5. El alfabetizador. Es frecuente que las campañas de alfabetización se inspiren en el propósito patriótico de una movilización general de los que saben y de los que no saben. Esa estrategia puede tener éxito en los países

/donde profundas

donde profundas conmociones hayan impulsado movilizaciones colectivas con propósitos de ayuda: los que han salido de una guerra, o de una calamidad nacional, o que son arrastrados por transformaciones revolucionarias. La campaña de Torres Bodet en México, bajo el gobierno del general Avila Camacho, encuadró en una situación de esa naturaleza. Más todavía la de Vascóncelos, en tiempos del general Obregón. Pero ni aún así los resultados concretos marcaron grandes éxitos. Los servicios escolares se extendieron notablemente, pero el analfabetismo en los adultos sigue denunciando índices altos. Es lógico suponer que si un afán colectivo de mejoramiento mantiene en tensión a la población de un país, esa tensión pueda canalizarse hacia la acción alfabetizadora.

Pero es evidente que en los países de vida normal, que no experimentan crisis o transformaciones profundas por lo menos en lapsos prolongados, la capacidad de reacción colectiva frente a impulsos o estímulos de mejoramiento común, pierde receptividad. Las gentes, en medio de un orden aceptable, reducen los problemas a sus problemas. La seguridad y el bienestar adormecen la sensibilidad colectiva y el interés por las cosas de orden público. Las gentes hallan su mundo bueno y no luchan por conquistar otro mejor. Un llamado en favor de la alfabetización, por patético y urgente que sea, no es atendido. El ejemplo del Uruguay en las dos campañas a que se ha hecho referencia en otra parte de este trabajo, así lo prueba.

Si en el primer caso la movilización puede proveer de alfabetizadores voluntarios, en el segundo no. Pero en ambos la conquista es problemática y no puede empeñarse, sobre las remotas posibilidades que ofrece, el éxito de la campaña. Por eso nos inclinamos por la solución del maestro de la zona como alfabetizador, en los medios rurales; por alfabetizadores que realicen la tarea como profesión - sean maestros o no - en los centros poblados.

La tarea radica en convertir al maestro en un militante de la causa colectiva. Esto es posible si se siente asistido, apoyado, reconocido, en la obra que realiza. Es frecuente que los maestros en sus escuelas campesinas se burocraticen o se abandonen. Frecuentemente el ambiente los traga. Es la consecuencia del aislamiento y la invalidez en que se les deja;

/del olvido

del olvido en que caen. Muy distinta es la situación cuando trabajan apoyados y asistidos por otros organismos de colaboración y ayuda.

La tarea de alfabetizar, así como toda otra que pueda realizarse en el orden del mejoramiento de la comunidad, exige un grado de idoneidad que se aproxima al nivel profesional.

Si hay maestro al que se pueda recurrir, seguramente no se encontrará mejor solución para proveer de personal al centro de alfabetización. Si no lo hay, habrá que echar mano de quien esté en condiciones de sustituirlo. Para los alfabetizadores no maestros y aún para los que lo son, será conveniente organizar cursos de capacitación para personal en servicio, que les permitan corregir y mejorar sus métodos y procedimientos educativos. Estos cursos no deben ser sólo de capacitación docente. El alfabetizador tiene que realizar una tarea múltiple de organización de la comunidad, de convivencia, de promoción de actividades diversas para el mejoramiento. Necesita siempre afinar y corregir su preparación y, por sobre todo, comparar sus experiencias con las que han vivido sus colegas. El análisis y la crítica del trabajo realizado es una rica fuente de posibilidades para el mejoramiento docente.

Para el maestro las actividades del centro de alfabetización supondrán un sobrecargo de tareas. Como es lógico éstas deben ser remuneradas con una paga adicional. Es frecuente que en los llamados de los gobiernos en pro de la alfabetización de sus pueblos, se emita el requisito de proveer de recursos. Una campaña de alfabetización que pretenda ser un servicio público debe ser pagada como corresponde. El sueldo del alfabetizador puede o no representar un incentivo; pero será siempre una retribución de justicia. Además, obliga en una medida distinta que el simple acto voluntario.

6. Los recursos. Es frecuente que las campañas de alfabetización se inicien sobre la base de un llamado patriótico a la solidaridad. Es un método que ya ha dado sus frutos. Sirve para exhibir una preocupación de interés público, pero igualmente para eludir obligaciones y responsabilidades. Un país que quiera combatir el analfabetismo, debe proveer de los medios necesarios que hagan posible la tarea.

Los problemas vinculados a la financiación de los servicios escolares

/son variados

son variados y complejos. Cada país los resuelve según su organización. Los hay centralizados, federados, municipales; con aportes privados, voluntarios u obligatorios, etc.; con intervención o exclusión de los particulares; a plazo fijo o con indeterminación de tiempo.^{10/}

Cualesquiera sean las condiciones, lo importante es que los recursos constituyen financiación suficiente. En América Latina esta cuestión ha adoptado las más variadas formas. El citado libro de Luis Beltrán Prieto contiene excelente información sobre el tema.

En general, hay una tendencia marcada a hacer participar a las empresas comerciales, industriales, agropecuarias o mineras, en el sostenimiento de los servicios de alfabetización, lo que es evidentemente justo y acertado. Pero también, en general, si se comparan las preceptivas legales con los índices de analfabetismo, salta a la vista que aquéllas no se cumplen o se cumplen defectuosamente. A la previsión en los recursos debería corresponder una reducción - que no se registra - en los índices de analfabetismo.

Como criterio general está bien que las fuentes particulares provean los recursos, por lo menos en parte. Sin embargo, la formación, designación, mantenimiento y vigilancia del personal, deberá reservarse al Estado. En ningún caso éste renunciará a su derecho a supervisar los servicios educativos.

También como criterio general, debe planearse la lucha contra el analfabetismo como un programa intemporal o a muy largo plazo. Los planes sujetos a períodos breves pueden tener algún valor político pero no corresponden a la naturaleza de la tarea. Si desde fin de siglo hasta el presente, el número de analfabetos en América Latina no ha experimentado reducción, el trabajo que hace falta realizar deberá ser más amplio y esforzado que el que se ha hecho hasta ahora.

Tan importante como mantener los servicios de alfabetización es sostener el nivel cultural de los alfabetizados. El hombre salvado del analfabetismo no debe retornar a él. El único procedimiento para evitar esto es facilitarle, permanente y renovadamente, material de lectura. Una organización editorial y de distribución de materiales preparados especialmente, teniendo en

^{10/} Luis Beltrán Prieto. "La colaboración privada en la educación popular americana". El proyecto sobre creación de un Instituto Nacional de Cooperación Educativa que forma un apéndice de este meritorio libro ya es ley de Venezuela. UNESCO- "La situación educativa en América", op. cit.

cuenta las apetencias e intereses de los alfabetizados, es condición indispensable para el éxito de la campaña.

La experiencia muestra que dos son las causas del mayor número de analfabetos: la carencia o insuficiencia de las escuelas y el aprendizaje incompleto combinado con la falta de incentivos para leer. Pocos éxitos puede lograr un plan de alfabetización si no evita estas causas que constantemente generan nuevos analfabetos. La campaña propiamente dicha debe ir acompañada de una revisión de los servicios escolares, a fin de corregir la falta de escuelas, la inasistencia y la deserción prematura de los alumnos.

Los pueblos y sus gobiernos deben resignarse a la idea de que una campaña de alfabetización eficaz insume muchos años y mucho dinero. Además, deben comprender que se trata de una tarea sin fin. El mundo del presente ya no admite ciertas carencias en el hombre que a él ingresa; entre ellas, la de no aprender a leer y escribir. El dominio del alfabeto se ha convertido así en uno de los fines importantes del Estado. Quien no lo entienda de este modo, está desertando del presente y comprometiendo peligrosamente el porvenir.

7. Conclusión. La lucha por la alfabetización es un capítulo importante de la más amplia y general en que las fuerzas progresistas de todo el mundo se empeñan en favor de la redención humana.

Esta expresión de una comunidad de intereses universales es sin duda el signo más alentador del presente. Los pueblos marchan a la conquista de un mundo mejor. Y en esa marcha - que tiene también detenciones y retrocesos - no están solos. Un impulso universal, sin fronteras y sin banderas, los empuja hacia nuevas y renovadas formas de superación. La esclavitud, el coloniaje, la miseria, la ignorancia, la discriminación racial, solo subsisten, a la altura de estos tiempos, bajo el signo de la maldición. Es nuestro deber - en el sector que nos corresponda y en la medida de nuestras fuerzas - contribuir a erradicarlos. Si lo hacemos, habremos cumplido con un imperativo que a todos nos alcanza.

El analfabetismo es, como ya se ha señalado, un problema esencialmente rural. En un importante sector de la población rural - los indígenas - el analfabetismo, la pobreza y la consiguiente incapacidad de éstos para participar plenamente como ciudadanos se acentúa aun más con el aislamiento lingüístico y cultural en que se encuentran en relación con el resto de la población.

Por lo tanto, en el siguiente Anexo se presenta un resumen de las dificultades especiales que plantea la educación de los indígenas y los programas actualmente encaminados a su educación e integración a la comunidad nacional.

